

INTRODUCCIÓN

EN una playa recién arrancada al desierto con fines turísticos, un sencillo becario de Departamento trata de concluir su tesis acerca de los nombres casi míticos que en las fuentes aluden a los caballos que tuvo el profeta Mahoma.

Sin saberlo, en la playa contigua, un hombre roza aún el Paleolítico con la única frontera geográfica de un acantilado, divisorio de ambas playas.

Ambos, decadencia y pureza infantil, son caras inseparables del mismo rostro que cruzarán sus miradas por un instante, de la mano del Fatum, inmersos en una tela impresionista.

«Tabir», o jubiloso, «ward», o flor, son nombres de caballos del Profeta.

Tras el nuevo descubrimiento, acercó la de ron al vaso y todo volvió a sus términos habituales.

La ventana empañada. Había sido una noche fría, y la luz natural comenzaba a acomplejar como cada mañana el flexo azul de la mesa.

Un paseo por la playa, y vuelve a encontrarse solamente al pescador y el perro de siempre. No importa; quizá por eso preferiría la playa en invierno, su soledad, su frío, ese pequeño empujón introspectivo necesario sin el que veía imposible llegar a terminar aquel dichoso estudio a tiempo.

«Sahil», significa relincho.

La marea baja y deseo de correr, pero ganas de no sortear una sola cuesta arriba. El camino rutinario hacia la orilla vergonzosa, sobre todas las desinencias rotas de conchas y piedras. Y niebla. Sentado y manos en la arena, cerró los ojos...

«Delgado, descalzo, nada alto, desnudo, piel oscura. Algunas hojas hicieron ruido, y algo de luz se sumó a la fiesta de sentidos. Despertó. Nada quedaba del pequeño animal muerto, hace ya dos días, y el hambre se clavaba tras el sueño, como siempre. Dejó la grieta entre las rocas y subió a la duna más alta. El agua se retiraba inexplicablemente y volvía a su antojo. Buscar tendones para su nueva lanza, y luego, buscar moluscos en la orilla. Buscar todo el día.

Algo brilló extrañamente al fondo, en la esquina de la playa, junto al último acantilado. Nunca vio nada brillar igual. Como un niño, tomó su lanza y corrió hacia la luz, los pies hechos a la piedra y las conchas y las uñas largas, casi como garras. Excitado, su corazón latía con fuerza».

El tabaco. Y agitó el chandal bolsillo a bolsillo con el gesto de siempre. En el apartamento. Mordisqueó el extremo de la pipa vacía y consiguió ponerse en pie sin llevar con él demasiada arena. Las gaviotas esperan que te hagas la ilusión de verlas cerca, y luego, salen huyendo. Hasta el acantilado, como todas las mañanas. Por un momento, buscó un posible acceso roca arriba. —Hace unos años, quizá—, pensó, pero qué va, hace unos años tampoco se hubiera atrevido a subir por ahí. Convencido, emprendió la vuelta con el día definitivamente clareando. La niebla lejos. Ojéo el cuaderno.

CABALLOS DEL PROFETA

Pablo Alonso Bermejo

«Asfa» es el caballo de pocas y cortas crines en el copete.

— Algún día desterraré esta maldita barriga de ejecutivo—. Las huellas paralelas a las de la ida, y la mirada cansada, como siempre, con cierto brillo pequeño e infantil que se perdía para aparecer a veces, por sorpresa, con una nueva idea; con el recuerdo.

Su portera sí que es «Asfa», y hasta un poco «Tabir-ward», si te empeñas: un jubiloso capullo.

De vuelta, vio una gaviota muerta, atada la pata con alambre.

— Joder con los niños—.

En el único posible acto de romanticismo en mucho tiempo; desató al animal; ya sucio; y dirigió sus pasos hacia la única luz encendida en el único bloque de apartamentos de toda la playa. Comenzaba a subir la marea.

«Vio que el agua volvía, y temió que arrastrara aquel brillo lejano de la orilla, como alguna vez vio hacer con piedras planas y peces muertos. Aunque cansado, forzó la carrera».

Dejó la cama sin dormir apenas unas horas. Una vez la cafetera sobre el fuego, el indefinible líquido negro comenzó a calentarse. Como todas las tardes, asumido el deje del insomnio, se dispuso a tomar parte del cotidiano acto primero, escena primera, la mesa empapelada de holandesas a doble espacio; escena segunda, la gaviota de madera en el techo, que tiras del hilo y planea sobre el tocadiscos; los libros manoseados como nunca: que la tesis resulte mínimamente creíble. Mientras, suena Medoro; barítono el pobre en el Orlando de Vivaldi, y «Sol da te mío dulce amore». Cuando llegue la noche; no todo estará perdido; aún quedará media botella.

La flauta dulce cerró el arioso; mientras el café ardía condenado en el tazón negro de barro; acompañando los últimos minutos de sol junto a la ventana.

«Casi extenuado. Las piernas flaquean. Dejó la lanza en la arena. Se acercó a la pared del acantilado. Allí estaba, ya no brillaba. El sol caía.

Con el marco viejo de madera, un espejo enterrado hasta la mitad lanzaba destellos si llegaba algún rayo débil de sol.

Lo sacó de rodillas, con miedo, la mano extendida como un niño asustado.

Miró durante instantes su imagen y la mar. Se adentró llorando en el agua».

Se disponía a cerrar las persianas, cuando vio junto al acantilado una figura, niña o hippy introduciéndose en la mar. Abrió la ventana y se asomó incrédulo.

«Miró a su derecha y no pudo avanzar más. Como una montaña de piedra agujereada y gris, y como restos de cosas, y como dunas rotas y un ave ennegrecida y muerta entre cuerdas tensas. En uno de los agujeros, luz en la noche, y alguien o algo extendiendo el brazo llamó su atención. Regresó a la orilla, por primera vez solo. Marchó camino de sus dunas».

— Qué curioso, por qué se asustaría la chica.

Quizá mi saludo en todo este silencio—.

Desvanecido el vecino accidental, cerró ventanas y persianas...

«Ahna» es el caballo corto de cuello. «Yamuh», el caballo terco.

Tras el nuevo descubrimiento, acercó la de ron al vaso, una vez más. Todo volvió a sus términos habituales.